

● Periférica recupera dos artículos de Jean Lorrain sobre Venecia, esa gran obra humana que durante siglos no ha dejado de deslumbrar a los viajeros

# La piedra fatigada

## SALVAD VENECIA

Jean Lorrain. Ed. y trad. Juan José Delgado Gelabert. Periférica. Cáceres, 2013. 80 páginas. 11,50 euros

### Manuel Gregorio González

En este breve volumen de Jean Lorrain se recogen dos textos publicados poco antes de su muerte: *Salvad Venecia*, que vio la luz en febrero de 1905, y *Venecia*, que se editará en la *Revue Illustrée* en abril de ese mismo año. A estos dos artículos extensos cabe añadirle una carta que el escritor envía a su madre cuando avistó por primera vez la hermosa ciudad adriática, muy a finales del XIX, y cuyo contenido prefigura o anticipa las piezas ya mencionadas. Estamos pues ante el resultado de una impresión duradera, fundamentada en varias visitas, y que quizá tengan su origen, aparte al obvia fascinación que ejerció Venecia en el ánimo decadente de Lorrain, en el derrumbamiento del Campanile, ocurrida en julio de 1902.



Son muchos los testimonios sobre Venecia, desde Hurtado de Mendoza a Joseph Brodsky, en los que se elogia su poderío naval, su esplendor comercial o su cualidad fantasmagórica. En el caso que nos ocupa, nos hallamos ante una precisa situación que aún, a la atracción que ejercieron sus ruinas a lo largo del XIX, el peligro real de su colapso. Esto significa que en las páginas de *Salvad Venecia*, al margen de su cuidada escritura y los lugares comunes



Una mujer observa un detalle de la Piazza de San Marco en uno de los famosos cuadros venecianos de Canaletto.

JULIÁN MARTÍN / EFE

del decadentismo al uso, se reclama expresamente, bien la salvación de la ciudad, bien el digno envejecimiento de unas piedras que deslumbraron al viajero durante siglos. Este asunto nos lleva de inmediato, como ya supondrá el lector, a la figura determinante de John Ruskin y a la cuestión de la restauración, entonces muy debatida. Tanto en *Las siete lámparas de la Arquitectura* como en su

extraordinaria *Las piedras de Venecia*, Ruskin exige una restauración preventiva que palíe, que aminore la obra del tiempo, sin falsear la arquitectura antigua, como ocurre en la Carasona restaurada por Viollet-le-Duc. Ese mismo criterio es el que seguirá Lorrain en *Salvad Venecia*, escandalizado ante la posibilidad de que se cieguen los canales y abran al tráfico rodado sus silentes

aguas. No obstante, y a diferencia de Ruskin, Lorrain es un admirador de Andrea Palladio y el arte renacentista (arte que Ruskin no dudó en tildar de pestilente, cuando contemplaba San Giorgio Maggiore desde la orilla de la Academia); lo cual se debe, probablemente, a sus lecturas de Walter Pater, cuyo pupilaje con Ruskin lo inclinó, no a los pináculos y rosetas del Gótico, sino a la

serena línea del mundo antiguo. En cualquier caso, y volviendo al tema que nos ocupa, en las páginas de Lorrain estamos ante un fenómeno moderno. Y este fenómeno no es otro que el de la necesidad descriptiva del viajero.

Chateaubriand, en las notas sobre Venecia que incluye en sus *Memorias de Ultratumba*, observa que en las *Confesiones* de Rousseau no hay una sola descripción de la ciudad, a pesar de haber vivido allí durante un año como secretario de embajada. Esto mismo es aplicable, no sólo a Marco Polo, veneciano insigne del siglo XIII-XIV, sino a otros dos grandes venecianos del XVIII: Casanova y Piranesi. En el primero, a pesar de sus prolijos lances, en los que se incluye la huida de la cárcel de los Plomos,

En la ciudad halló un correlato de su gusto por lo crepuscular, por la injuria del tiempo

no se ofrece una observación precisa, deliberada, de la ciudad; en el segundo, que figuró una Roma hercúlea en sus grabados, Venecia es una figura inexistente. Lorrain, sin embargo, como hijo de su siglo, ha aplicado al paisaje algo que había observado ya Da Vinci y que en el XIX tomará proporciones inusitadas: el entorno como expresión y reflejo del interior humano. Lorrain, decadente al fin, hallará en Venecia un correlato de ese gusto por lo crepuscular, por lo finito, por la injuria del tiempo, que ya se evidencia en Piranesi. A pesar de lo cual, Lorrain hará aquí un llamamiento, no tanto como escritor, sino como ciudadano y esteta, para salvar la ciudad amada. Al cabo, si la Babel de Nemrod fue la primera tentativa del hombre, malograda por la divinidad, para Lorrain, como para muchos otros, Venecia fue probablemente la última gran obra humana, culminada por el esplendor, el asombro, la intimidad y la gracia.

## FILOSOFÍA PARA LA FELICIDAD

Epicuro. Trad. Carlos García Gual. Errata Naturae. Madrid, 2013. 144 páginas. 14,90 euros

### I. F. Garmendia

Salvados del gran naufragio que afectó a la mayor parte de los textos de la Antigüedad, los escasos fragmentos conservados de Epicuro dan apenas una idea de lo que pudieron contener las decenas de obras perdidas, pero por ellos y sobre todo por la maravillosa lectura de Lucrecio –también por el testimonio de sus numerosos impugnadores, que durante siglos han tergiversado las enseñanzas del filósofo

# Medicina del alma

de Samos—sabemos del alcance de un pensamiento liberador que no es excesivo calificar de revolucionario. El desdén por la promesa de otra vida, la aceptación serena de la muerte, el combate contra los terrores ancestrales o la invitación al goce de los bienes de este mundo fueron sólo algunas de las lecciones imperecederas de Epicuro. La edición de Errata Naturae, que ofrece los pasajes recopilados por Diógenes Laercio y otros fragmentos escogidos en la impecable traducción

de Carlos García Gual, incluye tres artículos debidos a Emilio Lledó –cuyo *El epicureísmo* (Taurus) sigue siendo una excelente introducción a la escuela del Jardín–, el propio García Gual –autor de otra valiosa monografía sobre Epicuro (Alianza)– y Pierre Hadot, de quien se propone un texto quizá demasiado sumario



sobre el concepto de la felicidad, clave de la moral epicúrea, en la filosofía de la Antigüedad, donde el sabio y polémico profesor francés contrapuso las ideas al respecto de Platón, Aristóteles, Plotino o el mismo Epicuro, sin olvidar la visión de los cínicos y los estoicos.

El volumen no contiene novedades, pero presenta de manera limpia y atractiva una filosofía –“medicina del alma”, la llamó Epicuro– que sigue siendo válida para no convertir la vida propia, ni por

supuesto la del prójimo, en un valle de lágrimas. Aparece además en una editorial no especializada en los clásicos –aunque acoja en su catálogo obras tan seductoras como el *Juicio contra una prostituta* de Demóstenes o *El bibliómano ignorante* de Luciano– que puede difundir el pensamiento del maestro entre los lectores que no frecuentan a los griegos. No está de más insistir en que el acercamiento directo a los textos de los filósofos antiguos, incluso cuando, como es el caso de Epicuro, se reduce a unas pocas píldoras, resulta mucho más estimulante que las vagas noticias contenidas en los repertorios de autoayuda.